

En torno a la geopolítica de los recursos naturales¹

Alberto E. Dojas

2011

Señores Expositores,
Queridos Amigos:

Agradezco a la Universidad Católica Argentina y a los Ministerios de Justicia y Derechos Humanos y de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Presidencia de la Nación haberme brindado el honor de poder compartir esta reflexión con Ustedes. Mi intervención es a título exclusivamente personal: por lo tanto, no puede considerarse, de ninguna manera, que exprese una política oficial del Gobierno Argentino ni sobre un aspecto determinado ni sobre el contexto general que resulte de las diversas exposiciones.

El escenario internacional está atravesando un período de gran mutación, que es, en realidad, la consecuencia de un proceso más vasto que se inició con el fin de la guerra fría. La liberalización del comercio mundial, la incorporación de los antiguos países comunistas al mercado internacional y la libre circulación de capitales y tecnologías, junto a la reducción sustancial de los costos de logística y transporte y las nuevas tecnologías de la información crearon las condiciones para que un conjunto de nuevos países con grandes dotaciones de recursos y mano de obra barata se incorporaran exitosamente a un mercado mundial en expansión. Así, las empresas occidentales dirigieron su inversión a países como China, India, Brasil y

Sobre el autor

Alberto E. Dojas es Abogado (Universidad de Buenos Aires, Argentina –UBA-); Master in International Affairs (Columbia University, New York); Doctor en Derecho Internacional (UBA). Profesor de la Maestría en Relaciones Internacionales de la Universidad de Buenos Aires. Disponible en: www.acdojas.com.ar

¹Intervención realizada el 4 de octubre de 2011 en la Universidad Católica Argentina, Auditorio Juan Pablo II, Alicia Moreau de Justo 1600, C.A.B.A., en el marco del Seminario de la Ley de Tierras "Proyecto de Ley de Protección al Dominio Nacional sobre la propiedad, posesión o tenencia de Tierras Rurales", organizado por la Universidad Católica Argentina, el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos y el Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Presidencia de la Nación.

el Sudeste Asiático, donde los costos de la mano de obra y los impuestos eran sustancialmente más bajos que en los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, y organizaron su producción con un sentido global.

El desarrollo de ese mercado de trabajo ampliado en los nuevos países industriales trajo como consecuencia la elevación del nivel de vida de amplios sectores sociales, antiguamente postergados a niveles de mera subsistencia. Es en el marco de este proceso que la Argentina vio renovadas las oportunidades de colocar su producción de alimentos y materias primas en esos nuevos mercados, cuya demanda elevó sustancialmente los precios de las “*commodities*”. En tanto este proceso continúe con las actuales reglas de juego, por un lado seguirá descendiendo la competitividad general del bloque desarrollado occidental y, por el otro, permanecerá la demanda para nuestros productos. En la raíz de la crisis financiera occidental está, además de la especulación, una gigantesca transferencia de la producción industrial a los países emergentes para aprovechar los bajos costos y su consecuencia directa, la desocupación y la reducción de la recaudación impositiva, que pone en peligro la supervivencia del modelo de bienestar sobre el que se construyó la estabilidad política de Occidente.

La Argentina encuentra en los países emergentes una oportunidad para su desarrollo, porque la demanda ampliada y la elevación de los precios de las exportaciones le permiten tener un ingreso considerable de divisas y un aumento del empleo doméstico. La primera tarea que tenemos por delante es, pues, aprovechar esos recursos para crear las condiciones para un desarrollo económico y social integrado, que nos permita elevar el nivel de vida de nuestra sociedad y financiar la investigación y el desarrollo de bienes cada vez más sofisticados para el mercado internacional, que son los que asegurarán, en el largo plazo, un alto estándar de vida para nuestra población.

En la base de esta nueva oportunidad del mercado internacional está la excepcional dotación de recursos naturales de nuestro país. La estrategia que llevemos adelante para la puesta en valor de nuestro territorio influirá decisivamente en el futuro de la Argentina; la construcción de las bases de nuestro poder; el rol que podremos jugar en el mundo del Siglo XXI y el nivel de vida que brindaremos a nuestra sociedad. Los derechos de propiedad, control y explotación, así como el régimen impositivo que se aplicarán a estos recursos hoy estratégicos para nuestro futuro, cumplirán un rol esencial en esta estrategia.

Nuestro país reúne todas las condiciones para convertirse nuevamente en un actor importante en el concierto de las naciones, además de poseer la octava superficie territorial mundial (más otro tanto en nuestra plataforma continental), porque contamos también con una población entrenada en la producción de bienes sofis-

ticados; un sector agropecuario a la vanguardia tecnológica mundial; una gran creatividad empresarial y de diseño de nuevos productos y un dominio de la ciencia y de la técnica que nos permite, por ejemplo, producir grandes satélites y exportar reactores nucleares de investigación.

¿Qué es lo que nos falta para ello? Una estrategia de largo plazo, acordada entre las grandes fuerzas políticas, económicas y sociales, que es lo que ha caracterizado a estas potencias emergentes. Un acuerdo sobre una estrategia nacional debe materializarse en lo que llamamos en la Argentina “Políticas de Estado”, es decir, acuerdos entre las fuerzas políticas mayoritarias que sustraigan esas grandes líneas de consenso de la competencia y las divergencias políticas cotidianas y le aseguren el apoyo político y presupuestario que requiere su realización exitosa en el tiempo.

¿Cuáles son los elementos centrales de esa estrategia? Desarrollar todas nuestras capacidades: los recursos naturales, el sector primario, la industria y los servicios sin los que una economía moderna no puede competir, y convertir a nuestro territorio en una plataforma inteligente para la producción y circulación de bienes, al tiempo que articulamos la relación y la exportación con nuestros vecinos. Tenemos que incorporar permanentemente el conocimiento, la ciencia y las tecnologías más modernas a la producción, la infraestructura logística y la vida social. Al mismo tiempo, debemos favorecer el establecimiento de grandes empresas argentinas que actúen como las correas de transmisión de nuestra producción en el mercado mundial, alentando su inversión en otros mercados, particularmente los países limítrofes y América Latina.

Es necesario dejar atrás el mito argentino de que todo lo que hay que hacer como sociedad es crear las condiciones para atraer inversiones extranjeras que exploten nuestros recursos naturales, ocupen a nuestra mano de obra y, con la renta que se obtenga de los impuestos que paguen, financiar un Estado de bienestar y una democracia de niveles escandinavos. El razonamiento no sólo es elemental, sino que no existe una sola comprobación fáctica de que esto haya ocurrido en algún país de talla importante del mundo.

En virtud de este tipo de ideas, a lo largo de décadas destruimos líneas enteras de investigación básica, ramas completas de formación de profesionales, liquidamos la escuela técnica, rematamos a precio de chatarra gigantescas inversiones industriales y desnacionalizamos nuestro universo empresarial. La reconstrucción de este aparato productivo llevará años de esfuerzo consecutivo. Sin una economía intensiva en conocimiento no vamos a poder tener empleos en blanco con salarios altos para todos nuestros trabajadores, ni la calidad de servicios y el Estado sofisticado que requiere una sociedad democrática avanzada.

No puede dejar de sorprender cierta insistencia en predicar ideas dirigidas a convencernos de que no tenemos las condiciones intelectuales ni materiales para recuperar el rol que debemos tener en el escenario internacional. La aceptación como válidas de este tipo de ideas ha dejado palpables consecuencias: la destrucción de la capacidad para desarrollar una política propia, la indefensión en materia de defensa, la concentración en la producción de productos primarios y la ausencia de grandes empresas de una talla regional y global, que son el vehículo no sólo de la presencia y proyección de nuestros intereses en el exterior, sino también la vía para el ingreso de la producción de nuestras pymes en el mercado mundial: el 30 % de todo el comercio mundial es comercio intrafirma; el porcentaje es mucho mayor cuando consideramos exclusivamente los bienes industriales.

Para dotarse de una Política de Estado acertada respecto de sus recursos naturales, nuestro país tiene que partir de presupuestos diferentes si no quiere terminar formando parte de la periferia construida por las estrategias y las capacidades de otros países. La periferia es la contracara de la hegemonía de otros. En este sentido, tenemos que seguir con particular atención las mutaciones a las que se encuentra sometido el escenario internacional, incluyendo los cambios en la distribución relativa del poder nacional de cada uno de los actores, que agregarán una dosis importante de incertidumbre en diferentes planos de la realidad internacional, entre los que se cuentan el orden y la seguridad en general y la disponibilidad de alimentos, agua dulce y recursos esenciales para la producción industrial.

No es un hecho nuevo la protección que han brindado históricamente las grandes potencias a las inversiones en el extranjero de sus ciudadanos y empresas. Fue precisamente la acción de importantes figuras de la diplomacia argentina como Luis María Drago la que, a comienzos del Siglo XX, procuró poner coto a la presión y la amenaza militar para el cobro de las deudas contraídas con el extranjero. Aún hoy, nuestro país continúa experimentando las dificultades conocidas derivadas de la aceptación de jurisdicciones extranjeras y la acción en tribunales del exterior de inversores privados en nuestros títulos de la deuda. Nadie puede asegurar, por lo tanto, que ante el aumento de una demanda insatisfecha, no se incremente la presión sobre los países poseedores de los recursos que otros necesitan. Paralelamente, otros países pueden continuar con su política de defender sus intereses globales mediante el despliegue de una fuerza militar disuasoria, incluyendo las zonas ocupadas durante el período de su expansión colonial. Una de las razones más fuertes alegadas por el Brasil para justificar el aumento de su presupuesto de la defensa ha sido, precisamente, el descubrimiento en su plataforma continental de vastos yacimientos petroleros.

Una estrategia y una capacidad propias es lo que nos permitirá articularnos exitosamente con las diversas experiencias de integración y participar activamente

en la construcción del nuevo sistema internacional que está emergiendo en todos los campos, incluyendo el orden de los recursos naturales. Allí donde no esté la capacidad y la estrategia argentina para participar en el diseño de un orden respecto de los recursos, estarán otras potencias diseñando el orden de acuerdo a sus intereses. La consigna que comprobamos en todos los tableros del poder mundial es que “para participar hay que tener”.

Es necesario, pues, fortalecer nuestra voluntad nacional y dotarnos de las capacidades para fijar nuestros propios objetivos, darnos nuestras propias políticas, analizar el escenario internacional con la punta seca del compás centrada en nuestros intereses nacionales y asignar los recursos allí donde están nuestros intereses vitales del largo plazo, como hace cualquier democracia occidental avanzada del mundo. Al tener la capacidad para participar, también proyectaremos nuestros valores de un mundo pacífico, democrático y solidario, cumpliendo un rol importante en la construcción de una nueva sociedad global.

Morgenthau atribuyó un rol esencial en la conformación del poder de las naciones a la sofisticación de su diplomacia. La política exterior es el resultado de la inteligencia aplicada a la elaboración de una estrategia que otorgue coherencia a cada acción con un sentido de largo plazo y de la voluntad nacional de realizarla. Los países que no tienen una estrategia ni se dotan de las capacidades necesarias para su ejecución, quedan –naturalmente- a merced de las estrategias y capacidades de los demás. La Argentina no puede repetir, una vez más, los errores que la condenaron en el pasado a un fracaso en el largo plazo por una supuesta ganancia en lo inmediato: el realismo periférico no nos convertirá nunca en un gran país, sino que seguiremos subordinados al rol que otros hayan fijado para nosotros.

La prioridad estratégica de la Argentina debe ser convertirnos en un gran país democrático y pacífico que no sea periférico de nadie. Tenemos una oportunidad histórica única y debemos aprovecharla, esta vez, con la inteligencia y el patriotismo necesarios para volver a ser el gran país que soñaron nuestros padres fundadores. El control sobre nuestros recursos naturales forma parte esencial de nuestros intereses vitales, al igual que sucede con todos los grandes países del mundo. La elaboración y puesta en acción de una Política de Estado sobre nuestros recursos será una demostración clara de que la Argentina ha recuperado su voluntad y decisión de ser nuevamente un gran país en el concierto de las naciones.

Muchas gracias!.

